

La dualidad Aldonza-Dulcinea

por WASHINGTON LLORÉNS

Quiero hablar de los nombres de Dulcinea, pues es cosa bien sabida que cada cual le da el nombre que le conviene o el que mejor se acomoda a sus propósitos. Si le doy el nombre de Amor, es porque amor me mueve; si otro le da el nombre de Gloria es porque gloria busca.

Tocado ya de caballerías, don Quijote limpió y aderezó unas armas que habían sido de sus bisabuelos. Las armas estaban ya tocadas de orín, pero con un poco de buena voluntad y una media celada de cartón, le parecieron al caballero relucientes y como hechas de encargo.

Las armas primero, luego el rocín. El rocín de Alonso Quijano era de mala catadura y con más cuartos que un real, pero el caballero ya empezaba a ver las cosas como las quería, y le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babiaca el del Cid, con él se igualaban.

Cuatro días se le pasaron al hidalgo en imaginar qué nombre le pondría al rocín, que no era en verdad rocín, sino un casi jamelgo, un espinazo de rocín, y al fin le vino a llamar Rocinante, «nombre a su parecer significativo de lo que había sido cuando fue rocín».

Otros ocho días se le pasaron al caballero en ponerse nombre a sí mismo y al cabo vino a llamarse don Quijote de la Mancha.

Con esto lleva ya hecha media jornada, pero le falta la dama de quien enamorarse, «porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma». Entiéndase bien, no busca dama enamorada, quizá porque ya cargaba sobre su cuerpo la vejez, sino de quien enamorarse, que no es lo mismo.

Entonces piensa don Quijote en una moza labradora natural del Toboso, de quien él, un tiempo, estuvo enamorado, aunque según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello, y el idealizarla fue cosa de dicho y hecho.

Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales, fue, pues, un dormido deseo que en la exaltada imaginación de don Quijote se encendió de amor.

No dice Cervantes cuántos días se le pasaron al caballero en ponerle nombre a la dama de sus pensamientos, pero según era de dulce el recuerdo de la moza, que aunque de bajo suelo, era de buen ver, no me parece que fueron muchos. El nombre de Dulcinea (resonancia de Aldonza) que a don Quijote le pareció que tiraba al de princesa, aunque está iluminado por el mundo helénico, tiene asomos de caricatura. El vulgo habla de Dulcinea con su poco de picardía porque adivina la ironía sonriente y la pomposidad burlona de Cervantes. El nombre de Dulcinea, algo empalagoso, casi una dulcineada, sospecha trae. Pero no sospecha el vulgo que suspenso entre dos mundos al parecer antagónicos pero que se completan, Dulcinea tiene coqueterías para caballeros y menestralés. En verdad os digo, Dulcinea es tierra fértil para las audacias del espíritu... Es tierra buena. «¡Feliz aquel que merece ser tierra buena!» —dice el muchacho (Gaspar) de la *Pietas purerilis* de Erasmo.

Puesto nombre y tan a su gusto, a la dama, y sin dar parte a persona alguna de su intención, el caballero salió al campo, *gloria duci*, por la puerta falsa de un corral.

Parece que voy de paso, pero todavía me tira el nombre de Dulcinea, pues hay una gran diferencia entre un nombre vulgar y de todos los días y otro músico y peregrino.

Don Quijote, que sigue al pie de la letra las reglas de la caballería, necesita dama como necesita armadura y rocín, y crea la dama con barro humano, belleza helénica e intenciones axiológicas.

El hidalgo ha visto a Aldonza muy pocas veces, y eso, de pasada; a Dulcinea no la vio nunca. Dulcinea era sólo el nombre de una moza encantada.

Ya encantada Aldonza por Don Quijote, que así y no de otra manera sucedieron las cosas, Cervantes se encarga de poner a Dulcinea en su justo lugar, quizá para llevarle la contraria al hidalgo.

Dice Cervantes: «Está, como he dicho, aquí en el margen escrito: Esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer en toda la Mancha.»

Es cosa bien sabida que Alonso Quijano vio a Aldonza unas cuatro veces, pero Sancho la conocía bien. Sancho nos dirá ahora la verdad: «...sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo; vive el dador que es moza de chapa hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante e por andar que la tuviere por señora... ¡qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuviera al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire».

Con todo, Don Quijote pasó por ella, a pie y cansado, como dicen los Académicos de Argamasilla, el uno y otro lado de la gran Sierra Negra, y el famoso campo de Montiel, hasta el herboso llano de Aranjuez.

Esta doña Dulce, que sin duda tenía cara de pascua y piernas de buen año, todo lo cual hace deleite en la vista, sólo con su honesto mirar dejó en el corazón de Don Quijote un recuerdo imperecedero, y aunque la gloria la elevó por encima de todas las mujeres, nunca se percató de ello.

Amor transforma las Aldonzas en Dulcineas y todo lo embellece. Sin Dulcinea no quedaría del fugaz paso del hombre sobre la Tierra ni siquiera la audacia de las pinturas rupestres.

En el capítulo XXV de la primera parte le dice Don Quijote a Sancho: «...a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir o leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin entenderse a más de un honesto mirar... tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.»

Hubo, pues, correspondencia, aunque Cervantes nos dice que Alonso Quijano estuvo un tiempo enamorado de Aldonza, pero que ella jamás lo supo.

Una pregunta inocente de Sancho provoca en Don Quijote respuesta de mucha miga.

Sancho. — ¿Qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envíe y ha de enviar?

Puesto en este trance Don Quijote se sale por peteneras. Su respuesta tiene más miga de la que salta a la vista. Y digo que don Quijote saca a colación el cuento de la viuda rica que se enamoró de mozo motilón y rollizo, y cuando es reprendida fraternalmente por enamorarse, tan hermosa y rica, de un hombre tan soez, tan bajo e idiota, ni corta ni perezosa responde con mucho donaire: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles.»

¿Se sale aquí de quicio el amante platónico, que sólo ama la idea del objeto amado? Pero Don Quijote nos revela que su dama es fingida: «...así que Sancho, para lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso y de aquellos que las celebran y celebramos? No por cierto, sino que los más se las fingen para dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo.»

Como Feliciano, el labrador de Tirso de Molina, don Quijote pudo decir con su cuenta y razón:

*Que es verdadero mi amor
siendo mi dama fingida.*

Pero, ¿sería acaso Dulcinea aquella dama principal del Toboso que se llamó Ana Zarco de Morales (Dulcis Ane), como dijo alguien con escasez de razones, según Clemencín?

Toda la tienda de Don Quijote es fingida. Re-crea las cosas según las va nombrando. Rocinante, rocín antes, que era sólo espinazo, llega a ser digna cabalgadura para tan apuesto caballero.

Dulcinea está hecha de recuerdo y de ilusión. Don Quijote busca dama de quien enamorarse porque conviene a la andante caballería; la encuentra, y deja en ella la llama de sus ideales. El enamoramiento de Don Quijote es un género de narcisismo, un enamorarse de sí mismo.

Dulcinea era la razón de vivir de Don Quijote. «Madame Bovary soy yo», decía Flaubert. Más puesto en razón ha podido decir Don Quijote: «Dulcinea soy yo.» Y lo dice con palabras expresivas: «Yo vivo y respiro en ella.»

Es natural que al buscar dama, según acostumbraban los caballeros andantes, pensara en la única que le había llamado la atención. Y le puso nombre como le había puesto nombre al rocín. No podía escoger: el único rocín que tenía a la vista era el que ya no lo era, la única dama que tenía en el recuerdo no era dama, sino labradora de pelo en pecho.

Pero al toque mágico de la imaginación de Don Quijote cobran nuevas dimensiones la dama y el rocín. La dama, sólo vista cuatro veces a hurtadillas y con mucha timidez, se enciende de ilusión. Con sólo darles nuevos nombres a las cosas, como ya tengo dicho, Don Quijote se las escamotea a la realidad y las hace suyas.

El quijotismo no es ajeno a nuestra vida: con asomos de este re-crear la realidad, de hacernos ilusiones, de ver las cosas como las deseamos, podemos ir tirando hasta que llega la hora de ser hombre ante el misterio, la hora de la verdad, la de morir cuerdo y en paz con Dios, cuando ya la fantasía, la loca de la casa, no tiene nada que hacer.

El alabar a Don Quijote tiene su punta de vanidad y por las mismas razones el reírse de sus locuras es un burlarse de la paja en el ojo ajeno. Como dice un personaje de Valle Inclán: «...las lágrimas y la risa nacen de cosas parejas a nosotros... Reservamos nuestras burlas para aquello que nos es semejante.»

Todavía, lector paciente, no conocemos bien a Dulcinea. No sabemos exactamente lo que es. Si me dices que es la Gloria con pies de barro, tus razones tendrás. Pero como llevamos el coche delante de los caballos, vamos a tratar de comprender a esta Dulcinea que no sabemos exactamente qué cosa es.

Este quijote que ejecuta lo que nosotros soñamos, nos es más querido mientras más desatinos hace. Y no lo queremos por pura compasión, sino porque sospechamos que no le vamos muy a la zaga en quijoterías.

«Cervantes puso el alma de Amadís en Don Quijote y Amadís es el protagonista de la fidelidad amorosa», podemos leer en *El Quijote y la lengua castellana*, conferencia que Julio Cejador incluye en su obra *La lengua de Cervantes*.

Dice también Cejador que esos caballeros que descabezan gigantes, vestigios y endriagos, «se ven arrastrados por un amor criminal y fatalista hacia la mujer que convierten en ídolo impío de todas sus adoraciones, que vienen, vienen y van, nada más que porque sí, por puro capricho, por veleidoso placer de la novedad, de la aventura».

¿Es Don Quijote un adorador impío de Dulcinea? Aparentemente lo es, pero el caballero profesaba la religión católica y con no poca frecuencia se encomendaba a Dios Nuestro Señor, y luego a la señora Dulcinea del Toboso, como podemos ver en el capítulo que trata de la descomunal y nunca vista batalla con el lacayo Tosilos en defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez.

Lo que quiere Cervantes, según Cejador, «es transformar ese tipo absurdo y quimérico del caballero andante de manera que quede despojado de todo lo convencional y falso. Y encarna ese tipo en un loco, que resulta sublime, que causa lástima y veneración todo a un mismo tiempo, porque como dijo el poeta inglés “la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura”».

Si Cervantes trató de ridiculizar el desenfrenado amor fuera de toda discreta proporción (ya en el nombre de Dulcinea hay asomos de burla), andando páginas y capítulos, se le idealiza la dama, se hace digna de un amor más puro y desde entonces unos la llaman Gloria y otros Amor, cuáles le ponen el nombre de Ilusión, cuáles de Ideal. Y no faltan los que ven en ella promesa de más elevada gloria.

Con no pocas mentiras, Sancho desencanta a Aldonza (la encantada fue Aldonza, no Dulcinea), pero no la denigra. En cambio,

el falso Sancho de Avellaneda la pone cual digan dueñas: «Dulcinea es una grandísima... ¿Quiere saber, señor don Tarve, lo que hizo la muy zurrada cuando le llevé esa carta que ahora mi señor quiere leer? Estábase en la caballeriza la muy puerca...»

De mal cuervo, mal huevo.

La falsa Dulcinea contesta la carta del Caballero con promesa de garrote: «El portador desta había de ser un hermano para darle la respuesta en las costillas con un gentil garrote.»

Para hallar mejor fe y mayor correspondencia a sus fervorosos intentos, el don Quijote de Avellaneda busca nueva Dulcinea. Y entonces da con una mujer en camisa, atada de pies y manos a un pino, por lo cual le tuvo gran compasión.

El caballero andante, que ya era desamorado, se imagina que la mujer atada con tanto rigor y crueldad es la gran Cenobia, reina de las Amazonas. Pero era en realidad una tal Bárbara la de la cuchillada, más fea que un pecado mortal y castigada del tiempo.

Para un Quijote desamorado y tan lleno de embelecocos como vacío de ideales, una reina Cenobia trotabodegones...

Pero Cervantes es muy gentil y caballeroso con las mujeres de sus obras, aunque sean de baja condición. Aldonza Lorenzo, que tenía rollizas carnes y un vozarrón de padre y muy señor mío, y buena mano para salar puercos, llega a ser la alta y soberana señora Dulcinea del Toboso.

Ricas en generosidad y dignidad son las mujeres del Quijote. La mujer del ventero Juan Palomeque el Zurdo no era de la condición que suelen tener las de semejante trato. Maritornes presumía de hidalga y tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado; Teresa Panza era virtuosa y buena casada; entre burlas y veras la Tolosa y la Molinera aceptan gustosas el don que les puso Don Quijote; Aldonza Lorenzo, antes de llegar a Dulcinea era toscamente honesta y recatada.

Y no se tome a mala parte el tosco origen de Dulcinea, pues casi todas las Dulcineas que en el mundo han sido cojean de algún pie. La Beatriz Portinari de Dante, símbolo del amor, de la fe, de la poesía, se casa con un banquero...

A Cervantes le bastan unas palabras expresivas para hermosear cosas y personas. Leonora, que casa con viejo celoso, se entretiene, en su simplicidad, en hacer muñecas y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condición y la terneza de sus años.

La Camacha de Montilla, mencionada en el *Coloquio de los perros*, tenía por diciembre rosas frescas en su jardín; La Repulida era olorosa más que a flor de azahar; la vieja ladrona, borracha y celestina del *Rinconete* encendía candelicas a los santos.

Acerca de Periconá, dice Trampagos en el Rufián viudo: «y si no fuera porque habrá dos años que comenzó a dañársele el aliento, era abrazarla como quien abraza un tiesto de albahacas y clavellinas».

Cuando Brígida le comunica que las mujeres de su clase ya no pueden ir en coche, contesta Cristina alegremente: «... y ahora podremos las alegres mostrar a pie nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría».

Estas alegres pinceladas, luminosamente renacentistas, alegran la picaresca de las novelas ejemplares y los entremeses. En el patio de Monipodio, alegre de sol hampesco, había una maceta de albahaca. Los pícaros de Cervantes, aromados de hidalguía y con asomos de religiosidad, contrastan con el hampa sombría y moralizadora del Guzmán de Alfarache. La alegría de vivir da voces en la obra de Cervantes...